

y al efecto aproveché la cortesía de un comerciante, Mr. Gilbert, que me ofreció un asiento en su carruaje tirado por dos bellas mulas que él llamaba Sally y Julia. Atravesamos, pues, la llanura que se despliega entre la ciudad y el Jordan, y que riegan una multitud de riachuelos que bajan de las montañas, y cuyos nombres están traducidos del indio. En el camino encontramos algunos indígenas, que estaban recogiendo en grandes canastos cónicos langostas y semillas de yerbas, aunque en vano buscamos entre estos segadores arapientos alguna Ruth.

Cerca de Big-Cottonwood, donde se ha fundado un establecimiento á 6 millas de la ciudad, una inglesa atraviesa el campo para decirnos el espanto que le habian causado cuatro indios blancos que buscaban por allí un sitio donde poder ocultar un caballo robado.

El agua es fresca, diáfana y pura. A medida que se aleja uno de la ciudad, la esterilidad aumenta y no se ven mas terrenos cultivados que las márgenes de los riachuelos: fuera de esto el suelo es miserable.

En frente de nosotros están las rocas dentadas que limitan el valle al Mediodía. A 20 millas de la ciudad santa, encontramos un rancho construido en una altura cerca de la esclusa del Jordan, cuya construcción ha costado 17,000 dolares y fue al principio una cervecería. La especulación defraudó las esperanzas á pesar de la abundancia de cebada y del lúpulo, y solo es ahora una especie de posada donde para el correo. Entre la posada y el Jordan hay pequeños estanques circulares rodeados de cañas ú ojos, como las llama la gente del país. Algunos de estos estanques son de agua caliente y todos tienen de 20 á 30 brazas de profundidad. Háblase de un dragon que se hundió aquí con su caballo sin haber vuelto á aparecer, bien que se deslizará en un sitio donde se suponía poco fondo.

Una hora permanecemos en la cervecería, pero sin tener nada que comer: nos quedan que andar 22 millas para llegar á Campo-Floyd, lo que haría subir á 42 ó 43 millas la distancia que separa la capital de los Santos del cuartel general de los pecadores, porque la cervecería está, según dicen, á la mitad del camino: será menester ayunar hoy.

Hacia el medio día se enganchó de nuevo y nos disponemos á subir los *Traverse-Mountains*, proyección de los Wasatch que separa el valle del gran lago Salado de la conca del Utah ó lago de agua dulce que rompen las aguas del Jordan. Este, llamado Piya-Ogwap ó la Gran Agua, por los chochones, arrastra por este sitio sus espumosas aguas, á lo mas bastante fuertes para llevar una piragua, sobre el suelo pedregoso de un caño poco estenso, pero de

gran profundidad que serpentea al través de la montaña. Al salir de esta garganta, cuya inclinación es de 30 metros en 2 millas, el Jordan sigue un curso tortuoso, sus márgenes se bajan y el torrente viene á ser un río pacífico.

Desde Dug-way, camino que corre á espalda de la montaña se descubre un bello panorama del Valle Feliz, que se ve al través de una atmósfera tan diáfana como la del litoral inglés antes de la lluvia. Subiendo siempre, nos encontramos un furgon lleno de uniformes, que tirado por cuatro mulas y seguido de una escolta de sirvientes militares, iba á la ciudad santa. Los dos carruajes se juntan, mi conductor es prontamente reconocido y me presenta á los capitanes Heth, Clarke y Gisbone y al teniente Robinson. Estos señores comienzan por una obra de misericordia, proveyéndonos de sandwiches: estábamos medio muertos de hambre. Después del *liquoring* de costumbre, nos designan, en medio de las profundidades que hay á nuestros pies el *Ash-Hollon* (el Hondo del Fresno), del que los mormones habian resuelto hacer nuevas termópilas. Dímonos las manos y nos separamos prometiéndonos volver á vernos; y efectivamente, después he pasado con ellos muy buenos ratos en la ciudad mormónica y en Camp-Floyd he sido huésped del capitán Heth.

Bajando la escarpada montaña, descubrimos la conca del Utah, que es al valle inmediato, lo que el Carnulo al Líbano. Después de las áridas tierras que acabamos de atravesar, nada es mas encantador que este paisaje, compuesto de un lago, de una llanura y de un río que despliega al sol su dulce y serena belleza. Al Este, al Sur y al Oeste, se alzan grandes alturas, rocas y picos; al Norte se eleva una ancha pendiente cubierta de yerba, hasta el punto de división de las aguas de los dos valles. Vista de lejos, la llanura que rodea el lago parece tan estrecha que se cree que las montañas hunden su pie en esta agua tranquila y á la estremidad de la punta meridional, el pico aislado del Nebo surge semejantes á esos pinos que en el Corán fijan las llanuras á la tierra. Cuando uno se acerca descubre una ancha faja verdeante, un suelo de aluvion en parte favorable, en parte pantanosa; el trigo y las raíces prosperan en los terrenos bajos, la fétuca en las laderas. Mas ancha que en otra parte al Sur y al Oeste del lago, esta llanura está surcada por numerosos riachuelos flanqueados de álamos, que salen de las espantosas gargantas del recinto y de los que los mas importantes son el American-Fork, el Timpanados ó Probo-River y el Spanish-Fork. En la margen mas próxima, á la otra parte del Jordan, está la pequeña ciudad de Lehi, cuyas casas están medio ocultas entre árboles negros; al Oriente de Utah se vislumbra la ciudad de Prow, edificada en una llanura regada por cuatro

ríos. Así, pues, nos aparecian las inmediaciones de la mar de Tiberiades.

El lago Utah, otra analogía de la nueva Tierra Santa con la antigua, se alimenta con las aguas de la parte occidental de Wasatch, y forma un triángulo, cuya punta meridional, describiendo un ángulo muy agudo, destruye la regularidad. Su mas grande longitud es de 30 millas, su mayor latitud de 15; debe la dulzura de sus aguas (que entre paréntesis no tienen nada de notable) á su tributario setentrional, el Piya-Ogwap, por otro nombre el Jordan ó la salida del Utah. A poca distancia de la orilla, tiene el agua una profundidad de 4 ó 5 metros: dicen que reposa sobre una capa uniforme, muy profunda por algunos sitios; pero es probable que nunca se haya sondeado. Donde aparece el lecho es de guijarro cubriéndose en los hondos de una inerustación calcárea. Las conchas son numerosas en sus orillas, especialmente las de raza de agua dulce. El iris del Deseret crece en los *tulares* hasta 10 pies de altura, y en los parajes donde la roca no está descubierta se hacen compactos sus bosques.

En la orilla oriental, donde faltan tributarios, el terreno es tan árido, que solo se ve en él un árbol, un álamo solitario que se eleva de un tapiz de fétuca, de obion y de artemisia, y según toda apariencia, los únicos habitantes que aquí viven, á escepcion de los propietarios de un *rancho*, son el phrysonomo, el lagarto, el cuervo y la *lepus callotis*.

Las aguas del lago Utah se hielan por diciembre, enero y febrero: en esta época el Jordan arrastra témpanos de hielo, pero no tantos que pueda pasarse á pie.

El Utah en la estación de las lluvias crece 60 centímetros y el flujo causado por el viento se hace sentir á 1 metro de la orilla. En él hay siempre muchos peces, á pesar de la abundancia y continuidad de la pesca, cuyos productos se llevan á toneles. La trucha blanca de este río suele pesar 30 libras: péscanse en él muchas truchas de las montañas, de variadas especies, cuyo peso es de 3 libras por término medio; la trucha asalmonada, la murcla, el sollo, y el barbo pululan en estas aguas adquiriendo un tamaño escepcional, también hay culebras de agua y *horse-hair fish* ó pez de erin de caballo.

Después de haber bajado la montaña, pasamos el Jordan por donde llega el agua hasta la rodilla y es su anchura de 30 metros. La corriente no es bastante rápida en este punto para impedir el desenvolvimiento de las plantas acuáticas; el agua tiene un color amarillo de azufre que se debe á su lecho calcáreo; es también un poco salina, pero no desagradable: por eso la busca el ganado, según dicen.

Saliendo del vado, hallamos una larga pendiente que separa la conca del Utah del valle del Cedro que

la rodea al Oeste. A la mitad del camino de la Cervecería y de Campo-Floyd hay una parada perteneciente á un santo del Shropshire, cuyo único nombre, según he podido averiguar, es Joe Dug-ut, nombre que provendrá del estilo de su vivienda como acontece con los Waterson. Está casado con una jóven que, habiéndole amenazado con cortar las orejas, si se hacía polígamo, ha impedido hasta ahora que le dé una *hermana* (hay en todas las lenguas de Oriente una palabra para espresar lo que en Inglaterra, donde la cosa no existe, se llama groseramente una rival). Joe, sin embargo, parece resignado á los sufrimientos y castigos que acarrea la monogamia, y lo que mas nos importa, á la buena cerveza y al buen *lagerbeer* que él mismo fabrica.

Habiendo pasado por una encrucijada del camino que conduce al antiguo acantonamiento, desierto por falta de agua, descubrimos á lo lejos el objeto de nuestro viaje: está situado á la orilla del Cedar-Creeck, en el fondo de una conca rodeada de colinas irregulares y de varia altura, cubiertas de cedros negros en todos los parajes donde ha sido difícil cortarlos. Para encontrar un sitio mas malo es menester ir á Gharra ó á cualquier otro purgatorio análogo del Sind; el invierno es aquí largo y riguroso, el verano fatigoso é insalubre. El agua alcalina no disuelve el jabón y las nubes de polvo azotadas por el huracán, hacen recordar el Pendjab: así no dejé yo de comunicar al teniente Dana, la costumbre que teníamos en aquella triste parte de la India, de tapar todas las aberturas con una tela mojada, lo que me valió las gracias de su señora. Y cosa cruel, todas aquellas miserias eran completamente inútiles: todos los adobes empleados en el antiguo y nuevo campo están hechos mil pedazos; como en Aden, cada piedra ha costado una rupia y la compra de madera ha enriquecido al enemigo. Los comisarios del gobierno que en 1858 se encargaron de tratar con los mormones, concedieron á estos últimos un punto que los salvó: por aquella convencion, el ejército federal no podia tener acantonamiento en un radio de 40 millas de la capital y los bellos sitios del lago Utah entraron en la prohibicion. Preténdese también que los mormones supieron escluirlos además de la Cache, bien que este rico valle diste 80 millas de la ciudad de los Santos.

Una rota pared forma el recinto de este horrible paraje; Julia y Sally tirando con el mismo vigor que á la salida, nos hicieron pasar por Fairfield, por otro nombre Frogtown, situado á la orilla opuesta del ancon, donde se provee el acantonamiento. En la época en que contenía cinco mil almas, reducidas hoy á ciento ó doscientos hombres, Camp-Floyd debió ser un sitio de recreo donde abundan los jugadores y petardistas, los taberneros y los beodos: el *bowie* y el

evolver estaban siempre de servicio y los santos no dejaban de comparar á Frogtown con Sodoma y Gomorra. Esta ciudad es hoy mas respetable y tiene algunos buenos almacenes.

Hallo en Camp-Floyd todos los ánimos predis-

puestos contra los santos del último dia. «Ellos nos odian y nosotros les pagamos en la misma moneda,» me decia un oficial de no poco talento. Hay que acoger con estrema reserva lo que yo diga aquí respecto de los mormones y todo cuanto me digan estos últi-



Orillas del lago Utah.

mos respecto de Camp-Floyd. Segun ellos, se cometen impunemente en la nueva Sion diez asesinatos por año, mientras que en Nueva-York el término medio de los culpables que se escapan solo es de 18,33.

Atribuyen el hecho á la imposibilidad de obtener testigos de cargo y á la ilegalidad de los jurados en absolver siempre á sus correligionarios. A todas mis objeciones han contestado que me dejo engañar por



Campo-Floyd.

las apariencias; pues siempre que un extranjero visita la ciudad mormónica, dos santos de honrado aspecto reciben la mision de seducirlo, de cegarlo; pero que si el extranjero permaneciera entre ellos mucho tiempo, acabaria por conocerlos perfectamente.

Los mormones, á su vez, se quejan de la violenta injusticia de los cristianos: el obispo y el alcalde de Spingrille, fueron últimamente presos en ocasion de un homicidio solo por ser dignatarios de la iglesia. Despues de una detencion de muchos meses en Camp-

Floyd, el obispo pudo llegar á evadirse. Actualmente vá y viene libremente sin que nadie lo moleste; lo que prueba que aquellos no lo creen culpable y que su prision fue arbitraria.

En 1853, el capitán Gunnison y siete individuos de su escolta fueron asesinados cerca de Nicollet, en el Sevier, 25 millas al Sur de Nephi. Los anti-mormones declaran que los autores de aquel crimen fueron los *indios blancos*, que obraron en virtud de órdenes

superiores, á fin de impedir la apertura de un nuevo camino y de prevenir las revelaciones que probablemente habrian tenido lugar. Los santos recuerdan en su descargo las deferencias y estimacion con que trataran al capitán en su anterior espedicion; los términos benévolos y aun afectuosos en que este oficial hablaba de los mormones en su diario; finalmente dicen, y es verdad, que en aquella época estaban en completa hostilidad con los indios, y que en aquel



Ruinas del templo de Nauvoo.

desgraciado lance pereció con los exploradores igual número de yutas. Mr. Remy atribuye sin vacilar el asesinato del capitán y su gente á los pahvantes, de los cuales habian sido algunos muertos por emigrados que iban á las Californias.

A los santos acusan tambien los anti-mormones de la horrible matanza de la Pradera de la montaña, la cual tuvo por objeto vengar á Mr. Parley Pratt, apóstol apreciable que viajando por el Arkansas en 1857, fue asesinado por Mr. Mac-Lean, cuya mujer lo seguia despues de haber abrazado la nueva creencia.

Los mormones rechazan el hecho enérgicamente y

preguntan que por qué, si se les cree responsables, no se llama á ninguno de ellos ante la justicia.

En febrero de 1859, hubo diferentes querellas entre los soldados y los ciudadanos de Rush-Valley á 35 millas de la metrópoli por la parte del Oeste. Mr. Howard Spencer Squatter, viéndose espulsado por el sargento Ralph Pike, de un terreno que le habia cedido el gobierno, levantó su horquilla de aventar contra su detentador á quien infirió una profunda herida en la cabeza. Algun tiempo despues, habiendo ido á la ciudad santa, el sargento cayó muerto de un balazo en medio de la calle mayor. Los anti-mormones acu-

san naturalmente á Mr. Spencer de este crimen, tienen por imperdonable el asesinato de un hombre á quien la justicia hiciera comparecer en calidad de testigo, y los oficiales de Campo-Floyd hubieron de esforzarse mucho para impedir que los soldados vengaran la muerte de su camarada que era á la vez un hombre excelente y buen militar. Los mormones afirman que la bala salió de una mano desconocida; que el sargento había hecho una violencia inútil á Mr. Spencer, el cual, viéndose hostilizado, hizo naturalmente uso del sagrado derecho de propia defensa.

Dos meses antes de nuestra llegada al Utah, Mr. Hennefer, uno de los santos, había sido amarrado á una carreta y azotado por el teniente Saunders y el ayudante mayor Covey. Los anti-mormones dicen que estos últimos habían reconocido en su víctima al espía que dos años antes había sorprendido la conversación que sostenían en casa de MM. Livingston y que habiéndoles salido luego al camino con seis compañeros suyos, hirió en el pecho al doctor Covey. Los mormones dicen que Mr. Hennefer es un ciudadano pacífico, incapaz de ofender á nadie y por otra parte que se ha justificado por un *alibi* del crimen que se le imputa.

Fácil me sería multiplicar los ejemplos de las deposiciones que he recogido de una y otra parte: todas son igualmente contradictorias y *tantas componere lites quis audeat?*

Lejos de mí la idea de creer que los hombres honrados que me hablan de los mormones en Camp-Floyd, exageran de mala fe los hechos que refieren y envenenan la cuestión de caso pensado; pero aceptando y todo la asercion de que un extranjero no puede ver mas que el lado bueno del mormonismo, es imposible dejar de conocer que su modo de pensar sobre cuanto tiene relacion con este nuevo pueblo, es completamente falso: despues de la carnicería de Cawnpore ¿quién de nosotros habría admitido la sombra de una excusa en favor de Nana-Sahib? Entre tantos hombres,

sea cualquiera su fanatismo y su afición á la poligamia, que es lo primero que se les reprocha, es imposible que no haya alguna gente honrada. Sin embargo, desde su jefe, *ese vil impostor*, hasta el último miembro de la congregación, todos son horribles facinerosos, al decir del partido contrario. Los mormones son mucho mas tolerantes: tienen mejores palabras para los gentiles, y aun para los funcionarios federales que no los perjudican, ni ofenden. Hacen grandes elogios del teniente coronel Steptox del 9.º de infantería y de los oficiales de su regimiento; del general Wilson que ha venido á ser agente de la marina de San Francisco y del coronel Cooke, comandante actual de Camp-Floyd. Nada dicen contra Mr. Reed ó Mr. John Kinnoy, gran juez del tribunal Supremo; finalmente, cuando en 1855 murió Mr. Leonidas Shaver, magistrado federal, sus periódicos salieron de luto y abrieron á aquel gentil su cementerio. Tampoco insultan á los comerciantes que son rivales suyos.

Verdad es que cuando creen justo desenmascarar á un hombre que goza de una reputación mal adquirida, lo hacen abiertamente. Con todo eso, lo repetimos, su disciplina y tolerancia, son notables; y por no citar mas que un ejemplo; mas de uno de sus jueces enviados por el gobierno de Washington habrían corrido gran riesgo en las asambleas religiosas de Europa y fueron respetados en la ciudad de los Santos.

Un día, en fin, algunas ráfagas de hielo, algunos aguaceros y la familiaridad del pájaro de las nieves, nos advirtieron que la bella estación tocaba á su fin y que no debíamos perder tiempo en dejar la tierra santa: algunos días despues la abandoné.

He procurado compartir con mano imparcial el vituperio entre los dos partidos que ocupan este país y habiéndolo hecho sin acritud, debo esperar verme vituperado á la vez por unos y otros.

MADAMA LOREAU.



El trineo en peligro.

VIAJE POR LAS FRONTERAS RUSO-CHINAS

Y ESTEPAS DEL ASIA CENTRAL.

POR TOMAS WITLAM ATKINSON.

1848.—1854.

Preliminar.—Cómo se puebla la Siberia y modo de viajar por ella.

El 22 de febrero de 1848, un trineo de viaje en que iban Mr. Witlam Atkinson y su esposa (los mismos viajeros cuyos pasos seguiremos), llegó al galope del interior de Moscou á la puerta de esa ciudad que se abre en el camino de la Siberia. Las barreras de las ciudades rusas se forman con dos grandes postes ó pilares que sostienen un grueso travesaño móvil. Elévase éste siempre que ha de pasar un carruaje ó ginete y despues vuelve á caer inmediatamente. Antes de pasar esta barrera, especie de yugo ú horca la familia inglesa debió presentar sus pasaportes. «Por breve que fuera esta formalidad, dice mistress Atkinson, este momento bastó para evocar en nuestra memoria las lamentables sombras de los numero-

sos proscritos para los cuales aquella barrera había sido la primera etapa del destierro; unos acusados de los mayores crímenes, otros de dudosos delitos, muchos de ellos víctimas del capricho, de la brutalidad ó de los terrores de un señor, no pocos mártires de una fe heroica.

Durante nuestra corta permanencia en Moscou, las familias de algunos deportados, sabiendo nuestro designio de visitar próximamente las comarcas en que sus padres, sus maridos y sus hermanos gemían allá por tantos años, procuraban relacionarse con nosotros. Cada uno de los individuos de estas familias tenía alguna cosa que comunicarnos. Aquí una mujer que había quedado en la puerta de Moscou con su hijo en los brazos para recibir la última mirada de su marido y de su padre; allí niños inocentes, hom-